

Índice



Prefacio	
1. El origen de los niños	
2. El inicio de la tormenta	
3. La consagración del mito.....	
4. Tiempos de cambio	
5. Tras la tempestad... ¡llegó el regreso!.....	
Discografía oficial.....	
Bibliografía.....	
Índice onomástico	
Agradecimientos.....	



Prefacio



Quizá su nombre aún todavía pueda resultar extraño y desconocido para algunos, pero tras esa nomenclatura anglosajona se esconde uno de los más grandes representantes de la historia del rock español en la década de los setenta.

Con demasiada frecuencia e inevitablemente, se suele pensar en nombres como los de Barón Rojo, Asfalto, Triana, Burning, Leño o Ñu cuando se habla de los arquitectos del rock en España. Pero a pesar de que la relevancia de todas esas bandas sea ciertamente incuestionable, no debería pasarse por alto el verdadero orden en el que se posicionaron las ramas del árbol genealógico.

Dicho esto, no quisiera para nada desmerecer la importancia y valor de sus antecesores, pues antes de que Storm irrumpiesen en el panorama musical español, otras formaciones ampliamente trascendentales ya cohabitaban en los circuitos roqueros, en el sentido más amplio del término; sirvan como ejemplo —los también sevillanos— Smash, cuya relevancia e influencia nadie se atrevería a poner en duda. Pero aquellos mezclaban psicodelia, rock progresivo, blues y flamenco, una propuesta que distaba bastante del rock duro que practicaban gentes como Led Zeppelin o Deep Purple, o dicho de otra manera, las principales influencias que marcaran «el camino» a nuestros protagonistas. Por supuesto, en esa particular «lista de combos españoles destacados» deben figurar por derecho propio algunos de los muchos conjuntos significativos que hubieron durante los primeros años setenta (como Lone Star, Los Canarios, Módulos, Máquina! o Tapi-man) y que aún habiendo grabado grandes obras antes que ellos, bebían



principalmente de otras fuentes, sin abordar de forma clara y directa el hard rock en su más pura esencia, algo que sin embargo, sí podía encontrarse en el antológico homónimo debut que Ángel, Diego, Pepe y Luis dejarían registrado para la posteridad en 1974. Ahí es precisamente donde se halla el mérito y la principal razón por la que su nombre debería resonar fuertemente en el imaginario colectivo, en lugar de ser un lejano eco en el pozo del olvido. Sin embargo, inexplicablemente y por algún extraño motivo, su destino no ha parecido dispuesto a otorgarles tal merecido reconocimiento.

Ahora bien, cualquiera que presuma de un mínimo de rigor, debería reconocer la importancia de aquella primigenia grabación de Storm, pues se trata de una pieza absolutamente necesaria para comprender el desarrollo y la evolución del rock duro español, ¡aunque tarde o temprano uno acabe dándose cuenta de que en este país siempre ha existido un serio problema de memoria histórica! Sea como fuere, la impotencia condicionada por el progresivo desamparo al que se vieron expuestos acabó condenando a la banda —y por consecuencia, a todos sus componentes— al más oscuro ostracismo, obligándoles a buscar nuevas alternativas para sobrevivir.

Lo cierto es que parece que algunos han querido contar la historia saltándose algunos episodios, obviando lo evidente y perpetrando una absoluta injusticia que se suma a las muchas a las que tuvo que enfrentarse la banda andaluza a lo largo de su andadura. Fue con esa única idea (la de hacer «justicia») con la que me sumergí de lleno en el profundo y oscuro corazón de esta «tormenta». Alguien debía poner las cosas en su sitio, explicar la historia desde el principio, contar ciertos detalles que muchos ignoran y descubrir la verdad que algunos esconden.

Con aquel importante objetivo me dirigí hacia Sevilla, donde ejerciendo de excelentes anfitriones, Ángel Ruiz y su mujer Cheli me acogieron durante unos días en su casa, como a uno más de la familia. Durante mi estancia allí tuve la oportunidad de citarme y mantener extendidas charlas con todos y cada uno de los miembros de la banda, pasados y presentes, exceptuando la inevitable ausencia de Luis Genil, el único Storm fallecido. Fue así como logré recabar la mayor parte de la información necesaria para desarrollar el libro que ahora tienes en tus manos. No ha sido en absoluto una tarea fácil y para mayor escarnio, algunas de las personas que podían haberme ayudado (no daré nombres) se negaron a hacerlo o simplemente me ignoraron. Pero se acumulaban demasiados años de silencio... ¡y ya tocaba romperlo!

Esta es la verdad. The Storm fueron los primeros en importar el rock duro a la península ibérica, ¡pero algo más importante aún!, los primeros en



lograr que de una vez por todas en este país dejásemos de jugar en segunda regional para pasar a primera división —si se me permite el símil futbolístico— aunque en cierta manera ellos continuasen corriendo por campos de tierra en lugar de sobre el verde césped en el que siempre debieron estar. Y ese es un mérito que, de una vez por todas, debe ser reconocido total y absolutamente por cualquiera. Ahora decidme, ¿queréis conocer su historia?

Estas páginas la explican por primera vez, en boca de sus propios protagonistas y la de algunos de quienes les rodearon y conocieron.

Esta es la historia de THE STORM.



1.

El origen de los niños

Sevilla. Viernes 31 de diciembre de 1954. España se preparaba para dar la bienvenida a 1955 cuando en San Jerónimo, una humilde barriada al norte de la capital andaluza, se producía el alumbramiento de dos gemelos apenas quince minutos después de las ocho de la tarde.

Probablemente aún era algo pronto para que nadie pudiera percibirlo, pero 1954 había sido un año absolutamente crucial para el devenir del rock; y la verdad, visto con la perspectiva del tiempo, aquel aparentemente insignificante acontecimiento bien podría considerarse algo así como una aportación tardía a nuestra trasnochada y anacrónica cultura, el «regalo» más necesario para un país que siempre anduvo dos pasos por detrás en todo. No en vano, 1954 fue el año en el que el nuevo género musical que había enloquecido a los jóvenes y que fue bautizado en América como Rock & Roll, lograba su primer número uno en las listas de éxitos en los EE. UU.; un hito histórico logrado por Bill Haley (and his Comets) con su versión de «Rock Around The Clock» (Max C. Freedman/James E. Myers). Aún no lo habían conseguido ni Elvis, ni Jerry Lee Lewis, ni Little Richard, ni nadie de esa recién surgida nueva ola de artistas que se disponían a conquistar el mundo, y que pronto revolucionarían a toda una generación.

Se da la casualidad de que aquello ocurrió exactamente el mismo año en el que un luthier llamado Clarence Leonidas Fender, más conocido como Leo Fender, comercializaba su nuevo modelo de guitarra eléctrica llamada Fender Stratocaster, un instrumento que sería seña de identidad de muchos de los grandes precursores y futuras leyendas como Hank Marvin, Buddy



Holly, Eric Clapton, Jimi Hendrix y un largo etcétera en una lista que se extiende desde entonces hasta la actualidad de nuestros días.

Así que sí, podría decirse que tengo la certeza de que aquel a todas luces significativo y trascendente 1954, quiso hacer un último aporte al desarrollo de la música española, porque de lo que no hay duda es de que alguien debía cambiar con urgencia el curso del rock en España, y el tiempo demostraría que aquellos dos niños, que respondían a los nombres de Ángel y Diego, mostraban precoces aptitudes artísticas que les convertían sin saberlo en los más firmes y adecuados candidatos para llevar a cabo tan importante cometido.

En 1955, el barrio de San Jerónimo era un distrito que prácticamente acababa de comenzar a urbanizarse, no hubo un proyecto de parcelación hasta 1951, por lo que los gemelos crecieron en sus embarradas calles casi al mismo tiempo que los bloques de pisos baratos de protección oficial. Vivían junto a la llamada Casita Azul, el emblemático «Campo del Empalme» donde pocos años antes despegaba la meteórica carrera futbolística del legendario Luis del Sol, uno de los grandes del deporte español, aunque en aquellas fechas apenas llevaba un año en el Betis y aún no había hecho historia con el Real Madrid. A escasos metros de su casa y a la vera del viejo monasterio de San Jerónimo de Buenavista, se encontraba el camposanto de San Jorge, más conocido como «el cementerio de los ingleses», donde se hallaba enterrada gran parte de la numerosa colonia británica que ocupó aquella zona a finales del siglo XIX. Su origen se remonta a 1855 cuando el vicecónsul del Reino Unido en Sevilla, John Benjamin Williams, adquiere los terrenos a las afueras para enterrar allí a los marineros ingleses que morían en Andalucía, mayormente por tuberculosis, ante la imposibilidad de poder trasladar los cuerpos a su país. Según un registro de 1889, en Sevilla había una colonia inglesa que podía contar con más de mil británicos. Muchos estaban al servicio de las navieras británicas por los intereses económicos de la época entre Gran Bretaña y Andalucía, teniendo el puerto de Sevilla como centro neurálgico comercial.

El primer instrumento que llegó a manos de los niños fue un tambor, un regalo de sus abuelos que los muchachos disfrutaban aporreando a todas horas. La música folklórica propia y tradicional de La Semana Santa de Sevilla, considerada entre las más importantes de España, era entonces su único referente; aunque para Ángel y Diego la música siempre fue mucho más que un juego, llevaban el arte en la sangre. De hecho, contaban con un destacado precedente. El tío de su padre era José Cintas Martín, uno



de los más importantes cantaores de flamenco en la década de los treinta. Con el nombre artístico de El Niño Cazalla, fue un gran intérprete y pudo haber alcanzado una mayor popularidad de no ver truncada su carrera en el momento más álgido al ser apresado durante la guerra civil por su condición republicana, acusado de «rojo».

Podríamos decir que la historia de los pequeños Ruiz comenzó un día cualquiera de 1962, cuando al salir de clase dos nuevos compañeros se cruzaron en su camino. Aquellos niños, que respondían a los nombres de José Torres Alcoba y Francisco Serrano Pedrosa «el Serrano», también rondaban los ocho años de edad y mostraban inquietudes musicales similares; motivos más que suficientes como para hacerse buenos amigos. Por aquel entonces, su mayor pasión era la música que se escuchaba en todas las radios de España: El Dúo Dinámico, La Yenka, el twist... aunque pronto esos primeros referentes quedarían relegados a un segundo plano cuando, poco después, descubrieron a la primera banda foránea que cambiaría sus vidas para siempre.

En 1964 se estrenaba *A Hard Day's Night* (conocida en España como: *¡Qué noche la de aquel día!*), una película que marcaría profundamente a la práctica totalidad de la juventud de aquellos tiempos. Se trataba del primer largometraje de una nueva banda de rock llamada The Beatles.

Como no podía ser de otra manera, Ángel, Diego, José y El Serrano, no quedaron exentos de aquella fascinación por John, Paul, George y Ringo, y tras verla en el cine de verano del barrio, quedaron tan hechizados que rápidamente a los cuatro les rondó la misma idea en la cabeza:

—Oye, ¿Por qué no hacemos un conjunto como el de los Beatles?—sugirió El Serrano a sus compañeros.

Inmediatamente después estaban adjudicándose los instrumentos, decidiendo quién iba a tocar qué, y lo curioso es que todos quisieron ser guitarristas excepto Diego, que ya tenía claro que para él, era la batería.

Al día siguiente decidieron ir a ensayar a casa del Serrano, y con un par de escobas y unas latas de conserva que encontraron por el camino, se valieron para pasar sus primeras horas como artistas. Aquello no duró mucho, pues a los pocos días, en un desafortunado incidente rompieron un jarrón y la madre del chaval acabó por echarles a la calle. No les quedaba más remedio que buscar otro lugar donde poder continuar con su aventura... Sería a partir de entonces cuando La Casita Azul pasaría a ser el nuevo punto de encuentro de los niños, y donde de forma temporal se reunirían para ensayar cada día después de merendar, convocando incluso a algún que otro amigo a modo de espectador.



Fue precisamente aquel invierno, en las navidades de 1964, cuando el padre de Ángel y Diego les preguntó a sus hijos por el regalo que les gustaría recibir para el día de reyes... ¡Menuda pregunta!

Ellos lo tenían tan claro que la respuesta de ambos fue inmediata y contundente:

—¡Una guitarra!

Sin embargo, para su sorpresa no fue aquello lo que acabaron recibiendo, sino un magnetofón, un desafortunado engaño que provocó en los chiquillos una enorme desilusión y inevitables llantos de desconsolación!

Su padre, al ver la importancia que parecía tener aquello para sus hijos, se apresuró en animarles diciéndoles que haría lo imposible para que pronto pudieran tener los instrumentos que tanto anhelaban. Los niños fantaseaban constantemente con la idea de hacerse tan famosos como sus idolatrados Beatles, aunque el simple hecho de tocar en Radio Sevilla ya les pareciese todo un logro difícil de alcanzar en aquel momento. Y es ciertamente curioso porque, por difícil de creer que parezca, las circunstancias y la vida que se presentaría para los muchachos poco después, iría incluso más deprisa que sus propios sueños, logrando actuar tan solo tres años después en Radio Sevilla, en noviembre de 1967. Sí... quizá tan solo fueran unos niños, pero pese a su evidente juventud e inocencia, demostraban una sorprendente madurez impropia de su edad. Sabían a dónde querían llegar y estaban convencidos de que nada ni nadie les haría desistir en su empeño.

Su verdadera obsesión comenzó el día en que los dos hermanos se enteraron de que muy cerca de su casa, en la fábrica de losetas de San Jerónimo, había un conjunto ensayando, con instrumentos «de verdad». A base de insistir, lograron convencer a su abuela para que les acompañase allí para verlo. Se acercaron a aquel lugar sin éxito en tres ocasiones hasta que un sábado por la tarde al fin dieron con ellos. Al aproximarse, el corazón les dio un vuelco al escuchar un estruendoso ruido de guitarras que procedía del interior del edificio. Con cierto miedo e inseguridad, pero con muchísima más curiosidad y expectación, cruzaron el patio de aquel complejo aún sabiendo que nadie les había invitado a entrar. Al fondo, había una especie de caserío muy grande, dentro del cuál se encontraba el local desde donde venían esos nuevos y fascinantes sonidos que casi por arte de magia les atraían hipnotizados.

La abuela de los niños se plantó con sus dos nietos en la entrada y llamó a la puerta sin dudar ni un instante. Les abrió un joven de diecinueve años llamado Luis Leopoldo.



El editor y el autor se disculpan por cualquier error u omisión.
Si se detectan, serán rectificados en cuanto tengamos oportunidad.

© del texto: Xavi Méndez Algarate, 2021
© de las imágenes: sus autores respectivos
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2021
Sant Salvador, 8 — 25005 Lleida (España)
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

© Diseño de portada: Valentí Morató / Olga Marco Roglà
© Diseño de maqueta: Pilar Júlvez

Primera edición: octubre de 2021

Impresión:
Arts Gràfiques Bobalà, S L
Sant Salvador, 8
25005 Lleida
www.bobala.cat

ISBN: 978-84-9743-943-5
DL: L 545-2021

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.